

PERIODICO DE
CUENTOS Y
POESIAS

LA TORRE DE PAPEL

Año 1 - N°3
Setiembre 1991

En este número:

**Cuentos del sobre
abierto.**

**Espacios de po-
esías.**

**Comunicación con
los lectores.**

**Cuentos del equipo de:
LA TORRE DE PAPEL**

**Cuentos inéditos
de:**

ADA DONATO

JORGE ISAIAS

EDITORIAL :

*ALGUNOS SE PREGUNTARAN
PARA QUE ESTAMOS EDIFICANDO UNA
TORRE DE PAPEL.-*

*ESTARAN AQUELLOS QUE SE
IDENTIFICARAN CON ELLA, QUE
QUERRAN APORTAR MATERIALES
PARA SEGUIR SU CONSTRUCCION Y
QUE JUNTOS EN LA TAREA IREMOS
DESCUBRIENDO QUE LA ALTURA SE
MIDE DESDE ABAJO.-*

*ES POR ELLO QUE ESTE TERCER
PELDAÑO (YA FRAGUADO) ES SOLIDA
RESPUESTA, ES AUTENTICA
PROYECCION HACIA LA BUSQUEDA DE
ESA ALTURA QUE PASO A PASO Y SIN
MEDIR ESFUERZOS, ESTAMOS CON-
VENCIDOS, VAMOS A ALCANZAR.-*

MENTIRAS

*Y no me vengas más con esas historias con
las que te llena la cabeza tu maestra. Los cuentos de
hadas son una mentira, una absoluta y total mentira.*

*Con los ojos empañados se quedó obser-
vando a su padre que se marchaba a juntar fresas del
bosque. Rodeó sus piernitas con los pequeños bra-
zos y, decepcionado, se recostó debajo de su hongo.*

ALEJANDRO GUARINO



Córdoba 1884
Tel. 257122- 257127
2000 - Rosario

RUBIO inmobiliaria

Sr. Propietario : Garantizamos el cobro de sus
Alquileres e Impuestos.
Tasamos y vendemos su Propiedad.

JUSTICIA LLORA

por ADA DONATO

A mi amiga entrañable y contadora Silvia Fernández

Desanimada y a tientas buscaba un lugar, una voz, un olor, cualquier cosa que le sirviera como punto de referencia. La rodeaban el silencio y el vacío pesado de la nada. Sentí hinchados los pies y los dedos de la mano derecha se le engarrotaban en el titánico empeño por sostener la balanza de oro y al mismo tiempo por forzar su fiel para que los platillos conservaran la quietud imprescindible al equilibrio.-

Su propio inédito cansancio le metió miedo. Confundida por su eternidad, conmocionada por los pensamientos que la invadían, pero protegida por su instinto de conservación, trató de serenarse, en primer lugar, para buscar la causa de su desasosiego. Para comenzar a hacerlo decidió circunscribirse a un nombre, a una edad, a una naturaleza. Un poco más serena después de balbucear Justicia y siempre, de dudar acerca de si valor o virtud, tomó una decisión que consideró la más importante de su larga existencia. Y volaron en el vacío silencioso de la nada, la balanza de platillos histéricos y la venda que le había robado los colores y las formas del Universo.-

Se sentó en una piedrita que giraba como loca alrededor de la tierra que giraba como loca alrededor del sol. Abrazó sus rodillas y calculó la distancia que la separaba del controvertido planeta que la había tenido en cuenta para dirimir en su nombre todos los conflictos posibles entre los hombres. Se restregó los ojos que no acababan de acostumbrarse a la luz y vio, en una sola imagen, toda la historia del mundo perpetrada y luego escrita por los poderosos artífices del hambre, de la enfermedad, de la destrucción, de la esclavitud.-

Se sintió inventada para, usada por, desechada si, rescatada cuando.

Y todas esas sensaciones la armaron de un coraje inédito como su cansancio. Entonces estiró las piernas, se puso de pie, extendió los brazos como el Cristo de las estampas, respiró todo el silencio circundante, lanzó un grito desbocado y de un salto prolijo que no levantó una sola mota de polvo, de hielo o de arena, estuvo en la Tierra que se le antojó quieta a miles de años luz de un sol indiferente.-

Caminó durante días y noches a través de salinas, de montañas, de mares, de desiertos, de ríos, de bosques. Una tarde aparecieron los sembrados y jugó con el amarillo de los trigos, con los linos azules, con los girasoles como soldados radiantes de la estrella mayor, interrumpió el sueño de caballos alegres, bebió de las ubres generosas de vacas distraídas y paralelas en los prados, acarició los vellones de las ovejas, arrancó el jugo de las frutas maduras colgando de los árboles. Y se preguntó adónde estarían los hombres.-

Los buscaba. Los encontró allí donde comienza el dolor. Aprendió a distinguir los grandes de los pequeños, los ricos de los pobres, los jóvenes de los viejos, los buenos de los malos. Los rastreó por los surcos, por las fábricas, por las tabernas, por las escuelas, por las iglesias, por los escenarios, por las tribunas, por los cuarteles, por los talleres, por los hogares. Y se borró de su cara la alegría del asombro acumulado cada vez que los pájaros en bandada la sobrevolaban.-

Nadie hablaba de ella. Nadie la había mencionado una sola vez.-

Una mañana fría con llovizna tropezó casi con una enorme casa cuadrada e idéntica por los cuatro costados. Oyó su nombre que salía de las bocas de todos quienes ascendían y descendían por la breve escalinata. Aturdida de felicidad se mezcló con esos hombres y mujeres que sólo hablaban de ella y rió de sí misma, de su desconfianza en sí misma, de su confusión ante la imagen que le mostrara de una sola vez toda la historia del mundo. Indudablemente no había sabido interpre-



tarla, tantos siglos con los ojos cubiertos por aquella venda maloliente, agobiada por el trasto de oro que engarrotaba los dedos de su mano derecha.-

Se esponjó el pelo y se dispuso a averiguar qué papel le tocaba desempeñar, en realidad, para dejar de sentirse inventada para, usada por, desechada si, rescatada cuando. Y sonriendo a diestra y siniestra empezó a leer en los labios y en los ojos de esas buenas gentes que sólo se ocupaban de ella. Así fue como llegó a enterarse de que algunos la censuraban por lenta, otros por sucia y los más, perversos descreídos, negaban su existencia.-

Ya lanzada a su autodestrucción definitiva, tuvo el impulso de verlo todo, de oírlo todo, de saberlo todo acerca de sí por virtud de los hombres, antes de volver a su nada. Y recorrió las trampas una por una, las traiciones una por una, las emboscadas, los dobleces y hasta la cobardía de los ingenuos que aún creían en ella pese a quienes embozados en la mentira, el engaño y la avidez, tergiversaban las letras y los números y el espíritu de los libros sagrados.-

Salió lentamente del recinto arrastrando los pies. Afuera seguían el frío y la llovizna. Desde lo alto de la breve escalinata de la casa cuadrada e idéntica por los cuatro costados, miró la plaza de enfrente cubierta de automóviles, sin flores ni pájaros.-

Humillada y escarnecida alzó el ruedo salpicado de barro de su túnica y se secó una lágrima.-

Ada Donato es escritora rosarina. Premio Clarín-Aguilar por la novela "De cómo se amaron el Salvador y la Celeste". Actual Subsecretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario

SOBRE ABIERTO

Agradecemos los trabajos que hemos recibido y publicamos en este número. Y, especialmente, la colaboración del Sr. Roberto Puyó, de Villa Constitución.-

ESPERAMOS MAS TRABAJOS

MIDIRECCION, MISHUELLAS, MIRADIO

Encontré el departamento revuelto y el cuerpo desnudo de Milena sobre la mesa del comedor. Milena estaba muerta. Tenía los ojos muy abiertos y su largo cabello tocaba el piso.-

Fui hasta la cocina. En la heladera encontré muchas latas de cerveza. Me traje algunas al comedor y me estiré en el sofá.-

Brindé por Milena. Ella me había llamado esa mañana. Me había pedido que fuera enseguida. Lo cual significaba que se las iba a ingeniar para que yo tropezara con el ocasional acompañante nocturno. Siempre me llamaba desde el teléfono de su habitación. Mas de una vez los escuché roncar a su lado. No sé si les hablaría o no de mí.-

Cuando cayó la tarde, encendí la luz del comedor. Miré televisión y bebí cerveza durante toda la noche, cada tanto espía la mesa del comedor. Milena seguía ahí tan blanca, tan desnuda, tan ajena.-

Han pasado cuatro días. Hay mal olor en el departamento. Y también fuera de él. Algunos vecinos se han quejado por medio de notas que pasaban por debajo de la puerta, cuando se cansaban de tocar el timbre sin respuesta.-

Abri el gas de las hornallas y el horno. Miré por última vez a Milena y salí. Dejé la puerta cerrada pero sin llave.

Desde entonces vago por la ciudad con mi radio portátil.-



Con suerte algún entrometido descuidado entrará una de estas noches, encenderá la luz y volará el edificio en pedazos. Quizás entre fumando. El resultado será el mismo. Aunque probablemente alguien sentirá olor a gas y avisará a la policía. Ellos abrirán las ventanas y avisarán al trío de tías solteras de Milena la mala nueva... Después de confinarla en el panteón familiar, las tías me denunciarán por sospechoso. Algún investigador encontrará mis huellas dactilares y mi dirección en la agenda e irá a buscarme a mi casa.-

Pero yo estaré en la calle, caminando, escuchando las noticias.-

MARCELO JUAN VALENTI

SUEÑO

Camino con lentitud por un angosto sendero, cada paso que doy retumba a mi alrededor cortando friamente el silencio que me envuelve. Veo una puerta de madera marrón claro, cuando me acerco se torna marrón oscuro, la abro con cierto temor. Es mi casa, la recorro lentamente con la mirada. Me siento bien ahí y no quiero irme, la miro, la disfruto. De repente escucho voces, voces de chicos que vienen del patio.-

Otra puerta se abre con suavidad, yo me asomo y espío: hay un gran patio de césped verde. Camino y siento como si flotara sobre el césped que me parece demasiado alto para un patio. Llego hasta el limo-nero que está lleno de frutos (aunque creo que todavía no es la época), desde allí veo a mis padres.



Les grito. Es inútil, mi voz no llega hasta ellos. Con un gran esfuerzo me acerco al lugar pero las imágenes se van desvaneciendo en una bruma blanca hasta desaparecer por completo. Giro sigilosamente y del otro lado el césped verde ha desaparecido, se ha transformado ahora en un camino bordeado de pastos secos.-

El cielo se cubre rápidamente de nubes grises. Las gotas comienzan a caer, son grandes, redondas. Cada gota que cae sobre mi cuerpo no moja, deja una marca sobre mi piel. Y me duele. Cada gota es como un pinchazo y me cuesta mucho deslizarme por ellas.-

Sigue lloviendo y mi cuerpo ya está lleno de marcas, pero continúo caminando a pesar del dolor.-

Al final del camino bordeado de pastos secos veo una cruz. Cuando llego a ella estoy empapada (no entiendo cómo porque la lluvia no mojaba), y mi cuerpo todo marcado. No sé si esa cruz es de una iglesia o de un cementerio, sigo avanzando y detrás de la cruz veo simplemente una ciudad. Con edificios, con autos, con ruidos, con hollín, con angustias, con alegrías, con bebés, con perros... Las veredas son muy angostas y me cuesta mucho deslizarme por ellas.-

De repente estoy en una habitación. Está vacía, solo tiene una ventana. Me acerco para ver qué hay afuera: una calle, una vereda, gente.-

Una chica se acerca caminando por la vereda y cae desvanecida frente a mi ventana. Comienza a amontonarse mucha gente. Es demasiado real para ser un sueño pero demasiado confuso para ser real. Dan vuelta a la chica caída que yace como muerta. Su rostro es igual al mío.-

SILVINA ALZUGARAY

DESPENSAS
MANOLO
Cajaraville 89
Colón 1237

Video Club MAFALDA

Lo de hoy, ayer y siempre
Abierto todos los días
Necochea 1253- Rosario



Julio
San Román s.r.l.

San Martín y Urquiza
Tel./Fax 216609 - 215422
Audio Mensaje : 43304-43270.
Cod.292 / 436
2000 - Rosario

COMPUTACION / FAX /
TELEFONIA
Distribuidor Oficial

 **SAMSUNG**

EL JARDIN DE LOS OLVIDADOS

Todos los días, a la misma hora, se asomaba a la ventana para verla recorrer el jardín. Y era así porque cuando él salía a respirar un poco de aire puro, ella estaba adentro; tal vez, también espíandolo por la ventana. Sólo había que mirarle los ojos para comprender que en ese momento recordaba cosas y hechos del pasado entre pequeñas interrupciones. No sospechaba que alguna vez pudo caminar con ella sin pedirle permiso a nadie más que a sus ganas.-

El era Antonio, aunque a veces lo dudaba seriamente, y reincidía en la aceptación de su nombre cuando lo asociaba con el de ella: Sirena. Y tantas veces esos nombres fueron escritos juntos que no podían borrarse fácilmente algunos tramos de sus vidas.-

Antonio y Sirena paseaban por el jardín del psiquiátrico desde hacía dos años, cuando fueron internados por voluntad ajena tras un desgraciado accidente automovilístico. Nunca se les ocurrió intentar un encuentro porque siempre olvidaban. Como habían olvidado la otra vida; la de las calles, el trabajo, los cafés, los amigos. En ese entonces pertenecían allí, y el único derecho que podían reclamar era el de caminar lentamente entre flores quemadas, árboles pelados, paredones desgajados, y gente que desandaba los minutos sumergida en su tema hablando sin hablar, a solas.-

Antonio la miraba. Entonces Sirena, sin saberse observada, juntaba ramitas de quinua y las liaba después de haberlas acercado a su nariz para imaginar la fragancia de alguna flor de verdad. Andaba con las manos juntas, como rezando, con el ramo conquistado esa mañana que pocas veces regalaba a cualquiera de las viejas harapientas que, como ella, iban por el jardín sin destino propio. Se parece mucho a ella, pensaba Antonio. Sirena de jean celeste recortado desprolijamente en las botamangas, zapatillas de cuero blanco con manchas de esas que no salen, pulóver azul con algunos agujeros. Qué linda, Sirena. Pero tan descuidada. La voy a esperar, en el próximo turno me escondo entre los árboles que están al lado del baño y le hablo, se dijo Antonio.

Antonio salió en silencio, pero sonriéndole levemente a la doctora para que

ella se diera cuenta del bien que le hacía. No hizo caso al flaco de la pelota que siempre, sin palabras de por medio, lo invitaba a compartir el juego. El flaco dejó el balón de plástico en el suelo y con un puñetazo en pleno rostro respondió a la indiferencia de Antonio. El doctor y la doctora que vigilaban desde una esquina del jardín se acercaron y se llevaron al flaco, que andaba en pantalones cortos. "Vamos, decía el doctor, tenés que jugar en otra cancha." "No, gritaba el flaco, no podemos dejar a toda esa gente. Hay como treinta mil esperando que juguemos." "Vamos, te digo. Te llevo a un lugar donde vas a hacer más goles que acá." La doctora revisó el rostro castigado de Antonio. "No es nada. Fue leve". Y se alejó tras el doctor.-

Antonio caminó hasta la pared de revoque descascarado. Levantó un trozo de ladrillo colorado y comenzó a dibujar una estrella en medio de otras que ya estaban dibujadas en el muro. Sirena se parecía a la mujer que le pedía "dibujame una estrella. Una en la que podamos vivir algún día, en paz". Antonio esperó la oportunidad y cuando los demás se fueron, controlados por los doctores, se escondió como había planeado. Juntó una ramitas de quinua, las lió y esperó a que aparecieran las mujeres.-

Sirena se acercó al lugar donde todos los días recogía las ramitas de quinua. Pero esa vez, cuando se agachó, sintió que alguien apretaba su brazo antes de tocar el piso. Antonio le extendió el ramito de quinua que ella imaginó vaya a saber qué cosa porque sonrió después de mucho tiempo y lo miró con ternura, Quién sos. Creo que soy Antonio, no se, me parece, a veces... otras veces no recuerdo nada. Para vos soy Antonio, si vos querés, no sé. Sí, quiero que seas Antonio, pero yo no soy nadie y si a vos no te gusta. Porque yo no sé nada y el doctor me dijo que mejor que no me acuerde, que para qué. Eso, para qué, si no importa. Vos sos vos. Y yo quiero estar aquí con vos. ¿Y la doctora, no se va a enojar? No. La doctora nunca se enojaba, pero cuando vio la mirada de Antonio tan cerca de la de Sirena se arrió y los separó amablemente. Después llevó a Antonio a su habitación y le dijo que "nunca más haga eso. El doctor se va a enojar mucho. Ya paseaste demasiado por el jardín".-

Otra vez Antonio, junto a la ventana que daba al jardín. Otra vez Sirena, del lado de afuera, con un ramito de quinua que no regaló a nadie, que se metió entre las ropas cuando la llevaron adentro. Otra vez Antonio y sus cosas que no recordaba bien, pero papá sí. Papá tenía pelo blanco y trabajaba con muchos autos... sí, yo subía a uno de esos autos, uno verde no muy grande, con ella, y papá reía y saludaba con una mano, porque con la otra abrazaba a esa mujer delgada y alta como él, sí, y yo me ponía un saco blanco y agarraba un ¿cómo era?, un portafolios, no eso era antes. O después. No; antes. Papá y la mujer, que no era mamá, porque yo nunca conocí a mamá, nunca tuve una. Papá, la mujer y ese muchacho que se parece tanto al doctor que no es doctor porque acá le dicen el director. Y yo la amaba a ella, la parecida a ésta del ramito de flores feas. No, no son feas. Son flores muy lindas y me las regaló Antonio. Yo lo quiero ver de nuevo, pero la doctora me dijo que el doctor, no este doctor, otro que no está siempre, bueno, ese otro doctor dijo que no podemos, porque es peligroso ¿qué será peligroso? ¿Antonio? No, no creo.-

Antonio esperaba el ruido del picaporte de la puerta que no llegaba nunca. Hacía días que no le abrían y él se sentía ahogado e intranquilo porque también le habían cerrado la ventana y no podía ver a Sirena caminando por el jardín. No podía saber nunca que Sirena tampoco salía y que estaba un poco enferma, acostada, a veces en la cama, a veces en el piso, siempre con el ramito de quinua reseco entre sus manos. Antonio se extrañaba por el tiempo que pasaba. Porque, aunque no tenía reloj ni tampoco noción de los minutos, la ansiedad por tomar contacto con el aire libre y los otros le marcaba el paso.-



Antonio sólo se entretenía pensando, cuando podía, y recordando, también cuando podía. Pero ya no comía ni bebía; porque no le traían nada. La mujer de papá y el hijo y yo en el medio, Antonio. No digas nada, Antonio. Vos no escuchaste la palabra tráfico. Esa palabra no existe en tu diccionario, ¿comprendiste? Y el hijo colocando su mano en mi cuello. Me dolía. Y la mujer de papá repitiendo que olvidara, porque yo oía tráfico e imaginaba jeringas, pastillas, televisores, pasacasetes. Y yo con ella en el auto, esa noche de tormenta sin poder frenar... y Antonio se cansó y rompió a golpes la ventana. Era muy tarde. Salí al jardín y vagó por la oscuridad hasta que encontró un pasillo casi iluminado. Entró y se atrevió a espiar por la mirilla enrejada de una puerta. Vio al flaco, en pantalones cortos, transpirado, con los pies sangrantes, pateando una bola de acero que pendía de una cadena y gritando gol mientras se abrazaba con las paredes blancas. Infeliz. Flaco infeliz, hubiera pensado Antonio en sus cabales. Siguió por el pasillo hasta la puerta siguiente. Al principio no quiso espiar; pero después no sólo espió. Empujó la puerta porque estaba abierta y entró. Allí había una camilla con alguien cubierto por una sábana blanca. Antonio destapó el cuerpo, despacio, como con miedo. Sirena, sos vos. Estás dormida. Dejame abrirte los ojos. No, no puede ser que no tengas ojos. Y siguió destapando. Qué es este tajo grande que te hicieron en el pecho. Sirena, empieza a acordarme de todo. Y lloró; y gritó. Sirena, sos vos. Y entraron el doctor y el director, como les llamaban, y sujetaron a Antonio que les gritó hijos de puta. Entonces el director le colocó un trapo húmedo en la nariz y en la boca; y los forcejeos cesaron cuando Antonio se durmió. Lo llevaron a una habitación nueva. Lo empujaron hacia el interior, donde cayó inerte. Cerraron la puerta y dos grampas coincidieron para que el director le metiera candado.-

El doctor y el director salieron del psiquiátrico y subieron al Renault verde que los esperaba. Al volante iba una mujer delgada y alta como el papá de Antonio. El director le dijo que en dos semanas todo acabaría, y siguieron en silencio el resto del viaje.

RAUL ASTORGA

COMIDAS PARA
COMIDAS PARA
LLEVAR
PEPIN
MENDOZA Y ALEM
VINOS FINOS
TEL.44164

ADOLFO JOLLY

NEGOCIOS
INMOBILIARIOS

CORRIENTES 791- 2° F
TEL.25-4161
2000 ROSARIO

POESIAS

Pensamientos

Estaba por pensar
en pájaros azules, rojos y lilas,
pero no bien los hube pensado
cobraron vida y se me escaparon
ni mis pájaros son míos !!!-

Liliana Stampella



Para un soldado

Soldado y a la vez niño Argentino
luchaste y diste tu vida por defender
algo tuyo, lloraste de miedo y frío
Angustiado de no poder correr e ir
a tu tierra natal.
Incrustada el arma en tu pecho quisiste
ser hombre o roca, que nada siente.
Y ya vez, no fuiste hombre ni roca, ni recuperaste
la tierra, ni tu vida.

Vanina Débora Pavón

12 años - Colaboración de Sobre Abierto
1er. Premio Poesía - Certamen Literario "Gonzalo Delfino"
VI Feria Prov. del Libro - Chubut - Jurado: María Granata

ESTAR VIVO

De mí hacia otros, y hoy
en particular, hacia vos.

Como algo que está
implícito,
como bloque monolítico
sin fracciones.
Como llamas que convocan
a una hoguera,
a una idea.
Es el Sí de los Profetas
(y en modestia que
así sea).
Sin altares ni benditos ;
sólo yo, y hacia otros
como edictos.
Es la vida que prefiero,
la que obtengo y como
puedo,
la preservo;
para quienes no entronizo
ni me entrego.
Sólo siento el religioso
desenfado de un ser
vivo;
que en riquezas o sin
ellas
o descalzo junto al
río,
en alerta y armonía,
percibe lo que
percibo.-

Nora Fracchia

EL FARO

Desde lo alto de este faro te vigilo.
Vos ausente vivenciás
el incesante bramido
de mi caricia amorosa.
Yo aquí arriba, con gran ansia
fijamente me clavo en tus dos cielos
paralizo la luz de este vigia
y la oriento solamente hacia tus ojos
Y obstinada espero su reflejo.

Alejandra Elena Drago
Colaboración de Sobre Abierto.

Numismática
Filatelia

MONETARIUM

Rioja 984 C. Correo 240 2000 Rosario

Nicolás J. R. Vitantonio
Eduardo Martínez Pintado
Juan Pablo Vitta

Abogados
Corrientes 286- 1° A Tel. 219346 Fax. 67035

B.M.

SAN LORENZO
1346
ROSARIO

EL CAMINO DE LOS SUEÑOS

Las canas de Gaspar aparecen y desaparecen entre los armarios del laboratorio. Su cuerpo desgarrado deambula, va y viene. Frascos, probetas, embudos, un crisol, todo queda abarrotado sobre la mesada de experimentos.

- ¿Qué descubriste ahora? le pregunta la voz de Francisco.

- El amor, contesta Gaspar.

- ¡Ah! ¡Viejo zorro!... Así que descubriste el amor. Aquí, mezclando polvos y líquidos?... Notable.

Ahora Gaspar coloca un suspensivo de hierro sobre el mechero y enciende la mecha. Apoya en el suspensivo una cápsula de porcelana. Mezcla el contenido de varios frascos en una probeta. - Vamos a dormir, es tarde, murmura la voz de Francisco.

Gaspar no contesta. Ha vertido la mezcla en la cápsula de porcelana y mira absorto el mechero.

- ¿Vas a tomarte el amor?

Gaspar piensa en Angelina cuando sus ojos se despegan de la mesada y mira por la ventana. Imagina su cuerpo delgado acurrucado entre los pliegues de la sábana. Ve sus ojos cerrados, sus labios dormidos... Angelina. Si pudiera abrazarte. Si estuvieras aquí... La envuelve en la exhalación de un suspiro.

Apaga el mechero y se protege la mano con un trapo para verter el contenido en el vaso que tiene preparado.

- Voy a tomarme el amor - declara.

- No seas loco -

Ahora Gaspar busca a Francisco mientras bebe, pero no logra encontrarlo.

De pronto un dolor agudo en la boca del estómago lo quiebra en dos y le roba un grito. Siente un tironeo en la piel y una sensación áspera y rugosa en el tacto. Es horrible. Cuando se mira las manos descubre un color oscuro surcándole las arrugas. Debajo de sus ojos las mejillas se inflaman, los labios se agrietan. Todo el cuerpo le arde y le quema.

Sus ojos encuentran ahora los de Francisco. La mueca de horror dibujada en el compañero de pieza lo asusta. Entonces Gaspar trata de correr hasta el espejo, pero no puede. No puede correr, ni caminar, ni

moverse. Siente la piel chamuscada quebrarse en numerosas grietas. Un temblor intenso, incontrolable, le recorre las entrañas, sacudiéndolo de pies a cabeza. Las grietas han comenzado a cuartear la piel y empieza a sentir desprendimiento. Aún debajo de sus ropas puede adivinar las costuras de piel desprendidas.

- ¡No estoy loco!, vocifera.

Comienza a sentirse aliviado, liviano, suspendido en el aire. Allí abajo está Francisco, dormido. Se ha dormido de pie. Gaspar descubre ahora, de pie junto a la ventana, el cuerpo de Angelina.

- Gaspar -

- Nome mires - grita, y corre hasta el espejo.

Una fuerza perdida y olvidada vigorosa cada paso. Apenas puede reconocerse en la mirada. Su piel, su cabello. Tiene treinta años menos. Detrás de él Angelina sonríe y él ve su sonrisa reflejada en el espejo.

- Angelina... Angelina... Estamos juntos, por fin. Ahora puedo abrazarte - Te abrazo... Si supieras cómo te amo... Creí que por mi edad era imposible... Pero ahora te abrazo... Ahora que estamos juntos... Te amo... Yo sabía que no estaba loco.

Siente los dedos de Angelina sobre su cabeza. La caricia lo revive.

- Gaspar... Gaspar... - un sacudón - Gaspar... ¿Qué te pasa?

- ¡No te vayas! Angelina, no te vayas!

- ¡Eh, hombre! ¿Estás bien?... ¿Qué te pasa?

- ¡Oh, no!

- ¿Estás bien?

- No, no, porque?

Gaspar no quiere abrir los ojos, ya sabe, acaba de saberlo. Se resigna, y de a poco, despacio, contra su voluntad, por fin se despierta.

- ¿Estás bien?

- ¿Por qué me despertaste?

- Te movías tanto... No sabía si llamar al enfermero... ¿Qué te pasó?

- ¿Y qué me va a pasar?... Un sueño.

- Empezaron a servirme desayuno. Angelina está en la habitación de al lado.

- Angelina...

- Buena chica...

- Soñé que era joven otra vez.

- ¡Ah! ¡Quién pudiera...

- Soñé con Angelina.

La puerta se abre y la habitación se inunda

de claridad. Angelina entra con la bandeja del desayuno.

- ¿Qué pasa que están todavía acostados? A ver, a ver, mis abuelos, acomodándose frente a la mesa. ¿O quieren el desayuno en la cama?

- ¿Y por qué no? - contesta Gaspar guiñándole un ojo a Francisco. - Hoy desayunamos en la cama ¿Si? -

- Pero qué abuelitos más vagos... está bien. Hoy el desayuno es en la cama.

Gaspar la observa. Tan joven... y tan buena ¿qué sabe de ella? Nada. Apenas si la conoce. "Hola, buen día, cómo le va", "Que frío", "Cuánta humedad". Pero se siente bien. Sólo con verla, intercambiando esas repetidas palabras y robarle de esa manera un poco de juventud, y sentir esperanzas, y olvidarse del tiempo... Algún día dejará de verla. Pero ahora no quiere pensar en eso. Ella se irá, por que es joven... ¡Bah! Ya poder sentir amor a los setenta y cinco años es una dicha... Si sólo tuviera treinta años menos y pudiese convertir esa ternura que siente en una propuesta devida... No tanta leche... "Ah, hermosa niña, hermosa". Dos cucharadas de azúcar, como siempre.

- Se lo ve muy bien don Gaspar - dice ella y le pregunta en un acercamiento cómplice: - dígame el secreto.

- El amor - le confiesa. Y sonríe.

SUSANA SARMIENTO



PERSECUCION

El tipo se acercó a Héctor que compartía con otros una cerveza. Lo llamó aparte. Las instrucciones fueron precisas. A las nueve de la mañana, en punto, encontraría un Sierra gris con terminación en 800 estacionado en Buenos Aires y Arjón. Junto con las llaves, el tipo le entregó una buena cantidad de dinero. Para lo que necesites, le dijo. A las 11.30 debía estar en Paraná, más precisamente en 25 de Mayo y Urquiza, y en la alcantarilla más cercana debía tirar las llaves.

A las nueve exactas, Héctor abrió la puerta del Sierra gris. Llenó el tanque en la ESSO de San Martín y Arjón. Tomó por San Martín y al llegar a 27 de Febrero giró a la izquierda. Desde algunas cuadras atrás, a través de su espejo había advertido la presencia de dos motos de la policía. Descartó la idea de ir por el Parque, prefirió una zona más poblada y tomó por Corrientes. Las motos hicieron lo mismo. Pensó que no debía preocuparse porque dos motos de la policía coincidieran con su itinerario, además no era el único que circulaba por esa avenida.

En Pellegrini lo detuvo el semáforo, siguió hasta Zeballos y giró otra vez a la izquierda. Cuando vio que los policías hacían lo mismo se inquietó, ¿lo estarían siguiendo, realmente? Cabía la posibilidad que las motos se dirigieran a la Jefatura; para comprobarlo iría por Oroño hasta San Lorenzo, y si las motos continuaban, la cosa era para preocuparse. Las motos japonesas con los dos policías arriba siguieron tras él; y Héctor comenzó a desesperarse.

Dobó en Urquiza retomando Oroño hacia el sur, hasta llegar a Santa Fe. Las motos también. Ya no quedaban dudas, lo estaban siguiendo. Se tomó fuerte del volante, le quedaban pocos caminos, optó por aparentar tranquilidad después de desear el de huir a toda velocidad. O el de dejar abandonado el Sierra y perderse entre la gente de la Estación de Omnibus. Cumplió rigurosamente cada una de las leyes de tránsito. Los semáforos, el guiño para adelantarse, la banda peatonal, la prioridad de la derecha,

no excederse de los 50 km. por hora. Llegó a Avellaneda, tomó el viaducto y las motos seguían allí a cincuenta o setenta metros de Héctor.

En Avellaneda y Alberdi, una de las motos se adelantó, pasó por al lado de Héctor y se alejó rumbo al centro.

Héctor se dio cuenta que estaba transpirando como nunca, pensó que tratar con uno sería fácil, tenía suficiente dinero como para coimearlo bien, pero ¿adónde había ido el otro cana? Estaba aturdido, sentía el corazón latiendo a mil y pastosa su boca, y las nenas y su mujer y sus amigos y si no lo hubieran echado de Acindar, todo era cuento.

La moto se le adelantó y le hizo señas para que parara.

Héctor tiró el cigarrillo que terminaba de encender, no podía evitar el temblor de los dedos. Preparó cien dólares mientras el policía acomodaba la moto junto al cordón.

Nunca había visto un policía tan bien vestido, de impecable traje azul, correas blancas, casco azul con ribetes blancos. Al llegar al coche se detuvo y tomó el número de chapa. Después se dirigió a Héctor y le pidió el carnet de conductor. Anotó en la misma libreta los datos suyos y del auto. Extrajo de un sobre una calcomanía y pidiendo permiso la estampó en el parabrisas. Le entregó a Héctor un papel, lo saludó y se fue.

Héctor abrió su puño después de ver que el policía se alejaba. Dejó los dólares en la guantera y con un poco más de serenidad leyó la inscripción del papel que decía "Diploma al buen Conductor". Y estaban sus datos y los del auto. Datos que según decía al pie, saldrían publicados en los diarios del otro día como reconocimiento al buen proceder en la vía pública.

OMAR CARRIZO

LOS GATOS

Hace días que tengo ideas que se acercan y se alejan de la mente. De repente vuelven y se agolpan y atropellan entre sí a tal punto que no puedo ordenarlas. Y desisto. Pero regresan, llaman, se instalan en el hipotálamo y desde allí dan órdenes. ¡ Y no puedo concretar! Me recuesto a leer un libro esperando un esclarecimiento. Lo paso hoja por hoja aunque sólo me detengo en el nombre de los autores: Blaistein, Bonomini, Gandolfo, Mercader, Orgambide ... Orgambide me entretiene, me atrae. Inicio la lectura y me atrapa el comienzo, " Esta noche volverán como siempre. Es noche de luna llena. Vendrán por el camino de las acacias"... Me quedo pensando en ese camino color, apenas, verde limón, con esas hojas tan tiernas, tan delicadas, tan frágiles, ¡ tan pequeñas !...Aprisiono el libro entreabierto entre mis dedos e imagino que el camino apenas verde tiene otros matices. Se comprende - pensé - es primavera. ¡ Si pudiera transitarlo y largarme a la aventura de encontrarle el final...Pero no puedo. El camino se interna en una especie de túnel y a mí me asustan los túneles sobre todo si son oscuros, húmedos, tétricos como éste. Con la vista sigo transitándolo insegura. Me parece ver que no es tan oscuro y tan tétrico como creí. Una pálida lucecita me invita a seguirla, tal vez sea un niño jugando a descubrir monstruos o bien un par de luciérnagas jugando en la cálida

noche. No debo olvidar que estamos en primavera y es época propicia para insectos. Tomo fuerza, respiro hondo y comienzo mi aventura. Todavía hay ramas crujientes en el suelo y pastos secos pero las acacias mecen su verdor y me acarician al pasar.

Fijo la mirada al frente y sigo a pasos firmes hacia la boca del túnel que se me escapa un poco más. Me parece mucho más largo que antes el camino de las acacias, entonces sigo, tengo ansias contenidas y sigo. Sigo caminando. Un gato blanco con manchas negras en el lomo se para y me mira. Mueve los bigotes y la cola. Me saluda - pensé. Es amistoso y lo acaricio. Sigo. El gato me persigue, yo se lo permito. Me siento acompañada yendo a la boca del túnel con el gato a la zaga. Sigo transitando acacias cuando de repente otro gato más grande y peludo viene a mí. Intento saludarlo pero esta vez ya no puedo decir que sea demasiado amistoso, un maullido grosero me da un escalofrío que recorre cada una de mis venas y arterias.

Senti frío. -Debo continuar- pensé. Miré de soslayo a los gatos que ya no eran dos sino cuatro, todos mirándome fijamente. "Tienen hambre", musité siguiendo por el camino de las acacias.

Nunca sabré de dónde aparecieron esos gatos pero ya tenía una multitud persiguiéndome paso a paso con sus colas levantadas y moviendo los bigotes. La boca del túnel que formaba las acacias parecía no tener principio. ¿ O es que ya estaba transitándolo sin darme cuenta ?

Indiferente al temor, fingí pasos decididos y entorné la cabeza hacia atrás.

La luna que había salido como pere-



zoza alcanzó para iluminar una caravana de gatos todos hambrientos y peludos con sus colas levantadas y moviendo los bigotes que se detuvieron al instante.

Simulé indiferencia. Necesitaba continuar y hallar el túnel con su misterioso tesoro. Comencé una loca y desenfrenada carrera cada vez más veloz hacia la meta. La respiración se me hacía jadeante y dificultosa a la par que un sudor frío comenzaba a inundarme. Los gatos, siguiéndome a cierta distancia no parecían fatigados sino que ahora se me ocurrían amenazantes, insinuantes, instigadores.

-Está bien- pensé, pasándome las manos por la cara y secándome la transpiración, seguí en la alocada carrera.

Mis fuerzas comenzaron a flaquear y mis piernas a debilitarse... ¡ Si alcanzara ese túnel!...

Una raíz gruesa y saliente aunque semiculta me obstruyó el paso haciéndome caer de bruces al suelo.

Unos suaves toques en las mejillas y la voz de mi esposo ofreciéndome un humeante café, hicieron que el libro cerrado se deslizara de entre mis manos todavía adormecidas.

OLGA BANCHIO DE SANCHEZ

Sastre - Pcia. de Sta. Fe -

PASEANDO POR LA AVENIDA

Lamenté no tener una cámara. Eran dignos de la mejor fotografía. Porque una cosa es contarlo, tratar de describir la escena, dar una explicación, y otra verlo con tus propios ojos, poniendo por supuesto, la suficiente dosis de sensibilidad que se necesita para captar el momento. Como una película, igual que una película, cambiando solamente alma por celuloide.

Los vi pasar, y mi mirada los siguió hasta que se perdieron de vista. ¡ Qué hermosa imagen ! ... ¡ Qué dulce!... Las ondas de ternura me acariciaron el rostro.

El muy joven, alto, pelo corto a la moda, pantalón claro, zapatillas, una remera verde que revelaba su buen estado físico. Buen deportista, seguro. Se le notaba al andar, pasos largos, elásticos y seguros, torso derecho, desafiando a la vida.

Ella iba a su lado, era pequeña y delgada. Le llegaba al hombro. Calzaba zapatos y tenía un vestido sencillo. Esa no debía ser su forma de caminar ya que para no quedarse atrás, debía alargar los pasos. Sus ojos reflejaban la alegría de una novia. Iban por el cantero central de la avenida conversando y balanceando hacia adelante y hacia atrás, las manos tomadas. Aunque tenía anteojos, el brillo de su mirada opacaba al de los cristales.

El iba serio, mejor dicho, con expresión natural. Por momentos, hasta parecía pensar en otra cosa. Ella hablaba más animadamente, siempre con una sonrisa en los labios, una sonrisa de esas que uno no tiene la menor duda de que son de absoluta felicidad.

Tuve ganas de seguirlos, pero estaba en otra cosa, estaba haciendo una tonta compra útil. Me quedé con un sabor dulce en la boca y un sano deseo de que algún día, dentro de unos cuántos años, pueda ser yo la protagonista.

Ese muchacho, paseando por la avenida, con su abuela de la mano, me dejó impactada.

GLADIS TUSTANOSVKY

BANCO MAYO
COOPERATIVO LIMITADO

En un banco, todo. Cuerpo y alma.

Cooperativo Limitado

PTE. ROCA 959
AYACUCHO 5425
MENDOZA 4038

Vascetti

VINO DE MESA

EL BAR DE HEMINGWAY

El lugar fue perdiendo lentamente ese tono a viejo que era todo su encanto.

Se lo fue "modernizando" de la peor manera: de a pedazos. Hoy las ventanas, mañana un mostrador, pasado una puerta de vidrio que reemplaza a las pesadas y nobles de vieja madera.

De todos modos algo conserva, menos material que el aire conspirativo que uno en su fantasía de antiguo lector de historietas cree percibir.

Hasta los parroquianos son otros. Antes, los habitués eran gente de Radio, de una emisora que estuvo al lado muchos años. Ahora no, ahora son estudiantes de la Escuela de Bellas Artes, algún que otro oficinista que parece salido de un libro de Arlt o de Mariani y que va a embucharse su tostado y su vaso triste de gaseosa antes de perderse en algunos de esos altos edificios grises que rodean el viejo bar.

Me gusta estar aquí, luego de lidiar un rato con mis bullangueros alumnos de la Escuela Técnica que está por Corrientes, apenas cruzando la calle un poco al sesgo. Ellos sienten la sangre correr demasiado rápida por sus venas como para detenerse en el sobrio tedio de mis clases de literatura Argentina. A veces me finjo enojado, pero en el fondo creo que hacen bien, aunque me cuidó de decirselos.

Al timbrazo nervioso que imprime Dario - el preceptor - nos liberamos todos.

Y yo me vengo aquí, apenas al cruzar la calle, a tomarme mi café de los miércoles y fumarme una pipa tranquila, en fin, a divagar un poco, o a leer como hoy por milésima vez "Los Asesinos", del viejo Hemingway.

Cuando era estudiante de la entonces Facultad de Filosofía y Letras venía seguido aquí sobre todo cuando me aburría en esas clases pululantes de bellas y esquivas niñas que hicieron siempre caso omiso a mis pretensiones de gloria poética.

Pero esta tarde no sé por qué siento algo distinto. Me acuerdo de otro bar, allá en Madrid.

Estoy junto al ventanal que obviamente no da ni a Corrientes ni a Santa Fe, sino a la plaza Santa Ana y Carmen, que me ha llevado allí ex profeso me está contando alguna anécdota de "argentino - haciendo estragos - por el mundo", y de pronto me dice:

- Sabés que la tradición asegura que aquí venía Hemingway a escribir cuando vivía en Madrid?

Se sonríe porque ella sabe de mi admiración por el viejo escritor.

Ahora me levanto, salgo a la calle con sus ruidos. Este sol de primavera no es el sol fogoso de Madrid, ésta no es la "Cafetería alemana" y pienso con tristeza creciente aquello que el lector ya sabe: yo tampoco soy Ernest Hemingway.

JORGE ISAIAS

17 de Octubre de 1990, bar "Imperial" Santa Fe y Corriente - Rosario -
Jorge Isaias es poeta y cuentista rosarino

No esperes que un hombre muera
para saber que todo corre peligro
ni a que te cuenten los libros
lo que están tramando ahí afuera

Gracias Joan Manuel Serrat

LA FAMILIA GRANDE

Es Navidad. A las 10 a.m. las mesas están cubiertas por manteles blancos bordados a mano por la abuela. ¿Cómo hacían esas mujeres para bordar tanto? En la casa hay un gran ajetreo, sólo la abuela está sentada en su sillita baja - parece un gran buda -. Miguel parado a su lado como antiguo esclavo, le ceba mate. Desde la cocina llegan olores entremezclados, las cuatro hornallas funcionan a todo ritmo y el horno también. La sacerdotisa que con movimientos parsimoniosos se desplaza entre las ollas y las fuentes es mi tía Tota quien canturrea: "Como un pajarito quisiera volar". Yo me río, pobre tía Tota, no sé si volará algún día... es tan gorda, lentamente se seca la transpiración de la cara y las manos con el borde del delantal.

Oigo una voz inconfundible que grita: ¡Carajo! En esta casa hay mil pendejos y sólo Miguel está ocupado. Es Alcira, mi madre, no puede ver a la gente en paz, ni siquiera el día de Navidad, siempre hay que estar haciendo algo. ¡Sonamos: pienso, llegó el "animus milicus", y si, todos los chicos a trabajar. La dirigencia ordena: Mirta y Estela repasan los platos y los cubiertos, sin joder eh! Ponen atención que si rompen un plato cobran. Rodolfo y Juan repasan las copas, lo mismo para ustedes. Teresita doblás las servilletas, bien dobladitas, que queden paradas sobre los platos. ¡Ufa! Tanto lío si después en diez minutos está todo embrollado, entre grandes y chicos sumamos treinta y dos personas. Me escondo detrás de un gran philodendron con la esperanza de poder escapar a la calle. Y vos, mocososa de mierda, vení para acá, conmigo a hacer la mayonesa. ¡Ay Dios mío, por qué la mayonesa no vendrá hecha! Me voy a romper toda tratando de hacerla lo mejor posible, pero ésta, ya está nerviosa y seguro que me vuela un mamporro. Alcira se sienta con un gran perol entre las piernas el que contiene una docena de yemas de huevo. Empieza la tortura, echá el aceite, despacio, te dije despacio ¡tarada! No la mires, se va a cortar. Miro hacia un costado, me paro sobre un pie, luego sobre el otro, pero ¡qué hacés! Estás volcando el aceite sobre mis manos, que lo parió con esta chinita... Laura, dónde está esa tilinga, seguro que en la calle, hacen falta limones, Andrés andá a buscarla, traela de una oreja.

Andrés es mi tío, el hermano menor de Alcira, hay once antes que él, es ocho años mayor que yo. Alcira lo ama, es claro, está siempre limpio, siempre a su lado cual lacayo genuflexo, ¡que se mueva!

Entra Laura, sucia, mojada y despeinada, creo que para Alcira ha llegado la última hora, enrojece, los ojos le echan chispas, por suerte no puede levantarse y darle una tunda, es por la mayonesa la que gracias a Dios y a mis denodados esfuerzos está llegando a su fin.

Entran los que fueron a misa y también los que se acostaron tarde. Besos, abrazos, Feliz Navidad. Se desparraman por el gran patio, a la sombra de la parra, ruidos de vasos, ¡qué calor puta! y el viejo que rompe con que hay que comer con corbata, estoy podrido, es la última Navidad que vengo.

Es mi tío Ernesto, él vive en Neuquén. El mujerero espía las mesas y la comida. Los hombres hablan del trabajo y la política, que Perón no, que Perón sí, creo que se arma, como diría el General, armoniosamente y cada cosa a su tiempo... ¡se armó! Silencio, trona el abuelo, en esta casa no se discute el día de Navidad, pero Alcides, dice la abuela, si no discuten, silencio para usted también. Mi abuela es transgresora, lentamente se para y se trenza en una discusión sobre quién tiene que hacer silencio. Todos hablan a la vez.

Debajo de una mesa los miro y tarareo:

"Din, din, don,
Din, din, don,
Es la Navidad.
La familia
está reunida
en paz, para disfrutar."

MARIA LUISA SICILIANI

MALCOM GIBBONS

ESCRIBANO

Corrientes 931 - B.P.
Tel. 218329 2000 - Rosario



Ropa para chicos
Camperas L'Équipe
TINA SANGUINETTI
Mendoza 1181
2000 - Rosario

LA TORRE DE PAPEL - Año 1 N° 3 - Setiembre 1991 - Publicación de "Ediciones del Taller". Dirección: Susana Sarmiento - Jefa de Redacción: María Luisa Siciliani - Editorial: Nora Fracchia - Diagramación: Raúl Astorga - Colaboradores: Omar Carrizo, Marcelo Valenti - Administración: Beatriz Leguizamón - Correctora: Ana San Román - Ilustraciones: Valeria Inchaurrea, Roque Pereyra.

Dirigir la correspondencia a: Casilla de Correo N° 820 C.C. 2000 - Rosario - Tel. 21-2466 - 25-5902

Registro de Propiedad Intelectual: En trámite.

Diseño y Composición Laser: Michelli & Senturion Diseño en Comunicación Visual, Córdoba 951 1er. P. Of. 08.

Impreso en: Travesía Impresiones: Juan Jose Passo y Avda. de la Travesía.